

cuenta con una fortuna regular; pues bien, esta se viste tan modestamente como su amiga, siempre que sale con ella, para no deslucirla.

Esta delicadeza en ese detalle material, debe observarla también la joven viuda en el orden moral; porque ella tiene un talento claro y reconocido por todos, al paso que son notorios también, los escasos alcances de su amiga; y sin embargo, movida por su afecto, se pone al nivel de aquella, y solo le habla de lo que puede comprender.

¿No crees tú, que esas delicadezas hallarán su recompensa? Es indudable que sí; porque yo he visto á la joven viuda un poco enferma, y á su amiga acompañándola constantemente; la he visto atareada para terminar un traje y á su amiga ayudándola; cada una pone su parte de abnegación y de afecto, y esto iguala las diferencias de fortuna y de inteligencia: verdad es que estas diferencias son fáciles de igualar, porque no son grandes; las grandes son un escollo inevitable.

La amistad, cuando se encuentra, merece conservarse, hija mía; porque vale tanto, que los santos más desprendidos de la tierra, la han alabado como un don del cielo.

Fenelón, el Platón cristiano, ha pintado en sus cartas ese dulce sentimiento con toda la gracia y la verdad que le son propias; y en fin, una gran escritora del pasado siglo, ha dicho:—El amor es un lujo del corazón; pero la amistad, es una necesidad del mismo.

FELICIA.

V.

Mi querida Julia: forzoso es que hoy hablemos de una cosa que pasa desapercibida en la vida de la mujer; de una cosa que se cree muy natural y que suele labrar su desgracia sin que ella misma se aperciba de los graves daños que la ocasiona.

¿Sabes de qué quiero hablar?

Del verdugo de la paz y de la dicha doméstica: del monstruo que ahuyenta el afecto que se nos tiene, por grande y profunda que sea; del enemigo que nos enajena todas las simpatías; del *mal humor*, en fin; de la displicencia del carácter.

La reprensión del mal humor desde que somos jóvenes es precisa, es indispensable; porque si no, con la edad vá creciendo, y convierte á la mujer en un ser insoportable, á quien nadie quiere sufrir.

Es casi siempre en el seno de su familia don-

de la mujer se deja llevar de los movimientos de su mal humor; en sociedad, entre sus amigas, se domina; y se domina aún más si jóven y próxima á casarse mira como el primer objeto de su vida el agradar al hombre con quien se ví á unir; pero si casada ya, deja de dominarse y se deja llevar de los continuos movimientos de un humor desapacible, llegaría día en que ya no se pueda dominar y en que su mal carácter llegue á ser público y para todos aborrecible.

Así, pues, Julia mía, ponte desde luego en guardia contra ese temible defecto, y procura que tu humor sea dulce, fácil é igual, no sólo para las personas de tu trato, sino también, y con mayor razón, para las de tu propia familia.

Para esto es preciso que te acostumbres á juzgar á los demás con benevolencia, dispensándoles sus defectos y pensando en los que tú puedes tener: si vamos á exigir la perfección ajena, nunca nos trataremos con nadie, ni se tratará nadie con nosotros, puesto que estamos también muy lejos de poseerla, y que nuestros defectos son numerosos.

La represión del mal humor es también muy necesaria, es casi indispensable con los criados: el que regaña incesantemente pierde por completo la fuerza moral, un criado reñido de continuo, no es bueno jamás, y algunos he visto que faltaban á cada instante á sus deberes por el gusto de molestar á su señora, que se dejaba dominar de la cólera, á veces

con muy poco ó ningún motivo; los criados se reían al verla encendida de furor, en tanto que ellos estaban perfectamente tranquilos; comían y se divertían como si tal cosa no sucediera.

Otro tanto acontece aún con las personas que nos aman: el espectáculo de la cólera y de la displicencia dice tan mal con la condición dulce de la mujer, que al verla descender de su pedestal, se la pierde el respeto sin quererlo, y casi sin saberlo: una palabra dicha á tiempo con sentimiento y gravedad, una reflexión cariñosa, una sola mirada de dulce reproche, consiguen más que largos días de semblante ceñudo y que las reconvenciones más violentas.

De los criados hablaremos en mi próxima carta, y ahora nos limitaremos á tratar de la triste influencia del mal humor en el seno de la familia.

Si es cierto, hija mía, que tenemos el deber de amar á nuestros padres y hermanos, primeros protectores y amigos que el cielo nos ha dado, no es menos verdad que el amor no se manda y que es independiente por esencia y naturaleza.

Yo conozco una señora muy desdichada y cuya desgracia es obra, sobre todo del carácter áspero é iracundo de su madre.

Esta mujer, ante quien todos temblaban, dominó á su esposo de una manera que se doblegó en todo á sus deseos, y perdió por complacerla en sus errados cálculos, su posición y sus bienes: los hijos se sintieron de los reveses

de la fortuna; los varones dejaron su patria por suelo extranjero, contentos por huir de la tiranía maternal: la única hija de la casa fué más desdichada todavía; amedrentada por el carácter de su madre, se casó con un hombre que le era muy inferior en nacimiento, y sobre todo en educación, y que la hizo completamente desdichada; además, su carácter adolecía de tanta timidez, acostumbrado al férreo yugo de su madre, que jamás supo tomar una determinación noble y firme, siendo víctima toda su vida de su ánimo apocado.

Si este pobre sér hubiera sido educado con dulzura; si no le hubieran quitado toda idea de sus derechos y de su dignidad, no hubiera sido tan infeliz.

Procura, Julia mía, que te amen; pero no quieras que te teman, porque en ese caso dejarán de amarte muy pronto

Acostúmbrate á ser amable y complaciente con tu padre y tus hermanos, lo mismo que con tus amigas; y luego, cuando formes una familia, lo serás igualmente para tu esposo y para tus hijos, que te adorarán, que tendrán confianza en tí, que tomarán una parte activa en tus penas y en tus alegrías.

El dominio sobre sí mismo es una de las mayores garantías de felicidad que hay en la vida; no es posible dejar ver todo lo que á uno le molesta; á veces es un deber y una virtud el disimulo, y casi siempre es un rasgo de talento y un medio de llegar á lo que deseamos: esto no es decir que yo te aconsejo la mentira,

sino la paciencia y la bondad.

En el seno de una familia, una persona de mal humor impone un tormento continuo: si se refiere un suceso cualquiera, la persona mal humorada discute todas las circunstancias y las pone en duda; si expresa una opinión, parece asombrarse, abrumba con objeciones y con dudas; así es que delante de esas personas acaba cada uno por no hablar, y llevan consigo donde van una frialdad y una tristeza, que no hace nada deseable su compañía.

¿Quién no conoce y no teme esa mirada fría é impasible de una persona de mal humor, que se separa siempre que se espera hallarla? ¿esas respuestas secas y breves? ¿esa indiferencia afectada, por cuánto se hace y se dice? ¿ese empeño de no sonreír, ese aire de mártir, esa expresión irónica, esa humildad burlona, esa manera impertinente de no dirigirse á la persona con quien se habla?

Evita ese ridículo, que para los demás tiene algo de cruel: sé dulce, benévola, sufrida, alegre siempre, y cariñosa constantemente: sé, hija mía, el rayo de la luz que ilumine tu familia, y no la nube negra y cargada de tempestades: la igualdad y dulzura de carácter, no excluyen la dignidad, y solo la cólera descompuerta, los enfados constante sé inmotivados, es lo que nos hace bajar de nuestro pedestal.

FELICIA.

## VI.

Te ofrecí, mi querida Julia, que en la primera carta que te escribiese, hablaríamos de los criados, y voy á cumplirte mi promesa.

Te quejas en todas las tuyas del martirio que te imponen las malas condiciones de las personas que empleas para el servicio interior de tu casa; y esta misma queja resuena continuamente en derredor mío, pues es uno de esos inconvenientes generales, de los que todos tenemos que sufrir mucho.

Sin embargo, debo decir en honor de la clase que nos sirve, que no la he hallado nunca en la antes grande y ahora pequeña parte que, he podido conocerla, tan estremadamente mala, como se la quiere hacer: que los criados en mi casa, cuentan ya algunos años de servicio, y que les he debido pruebas verdaderas de cariño y de fidelidad.

—“Los criados son el azote de la vida,—me

dices —¡Cuánto más cambio son peores, y ya no sé qué hacer!”

Te repito, hija mía, que esas quejas no me extrañan, porque las oigo á todo las personas que trato; pero el mal me parece remediable, á lo menos en parte, con un poco de paciencia y de talento, y voy á explicarte de qué modo lo he conjurado yo.

Hay criados con condiciones perversas, como por ejemplo, la infidelidad, y la incuria: de éstos es inútil hablar, y es lo mejor despedirlos así que se les conoce: toda tolerancia con una persona infiel, es inútil y culpable, porque puede ser también muy perjudicial á los intereses de la casa.

Pero si llegas á tener una criada fiel á toda prueba y aseada, que tenga buena voluntad, que desee complacerte aunque su aptitud no sea grande, aunque tenga pocas habilidades, sopórtala y no la despidas por otra que tenga quizá mejores disposiciones, pero no tan buen natural y tanta honradez,

Créeme, Julia mía: la probidad, las buenas costumbres y la obediencia, son las cualidades esenciales en los criados; y hay que poner de nuestra parte el deseo de paz, la igualdad de carácter, la equidad y la benevolencia: tan indispensable, y más á nuestra firmeza tomo á la dicha de los otros.

No solamente hemos de pensar, dones al cadesben nuestros criados: hemos de pensar, y el gobierno es en lo que nosotros les debe

Tienen derecho, ante todo, á ser tratados con respeto, y no usando con él

cia, retribuyéndoles según su trabajo, y en proporción de nuestra fortuna. es muy culpable la que por ostentación se rodea de una turba de criados, que no puede ni alimentar, ni pagar; ese mismo instinto de justicia, exige que no imponamos á nuestros servidores tareas superiores á sus fuerzas; que se les dejen bastantes horas de sueño, y un alimento sencillo es preciso, pero abundante y sano.

Me parece también muy duro el no darles parte de las pequeñas fiestas de la familia; sirviente desdeñado no ama á sus dueños. ¿Cómo quieres que te tengan cariño tus criados si les tratas siempre como á extraños? ¿si no te cuidas de su bienestar, y quieres que sean esclavos del tuyo?

Les debemos también todos los beneficios de la caridad, es decir, buen consejo, un servicio, una protección eficaz para ellos ó para su familia, cuidados y vigilancia en caso de enfermedad.

La dureza y la indiferencia de algunas personas para las que las sirven, tiene mucho de ofensivo, y aun pudiera decir de anticristiano: trata con tu prudencia y tu dulzura de ganar la confianza y el afecto de tus criados, pues si se quieren te servirán mejor.

en la <sup>an</sup> tu benevolencia no degenera jamás en he podido <sup>cu</sup>; guárdate de iniciar jamás á las la, como se <sup>i</sup> te sirvan en los asuntos de tu fa- en mi casa, <sup>cu</sup> teños que estos sean, no prestes cio, y que les <sup>he</sup> s habladurías, á sus noticias, de cariño y de fide- de que necesitas mucha me-  
— Los criados so

sura y mucha reserva para sostener al derredor tuyo el respeto, la sumisión y el orden invariable que debe reinar en una casa.

Si es cierto que debemos á los que nos sirven, justicia, caridad, dulzura y buen ejemplo, no es menos verdad que nos debemos á nosotras mismas una autoridad vigilante; no abandones el cetro, mi querida niña; sé siempre la señora en el interior de tu casa, y para eso exige en las personas que te sirvan una obediencia completa como condición indispensable de su estancia á tu lado, porque ya sabes que de una orden mal interpretada ó no ejecutada depende, á veces, la pérdida de un asunto importante; házte dar cuenta de todo, y cualquiera que sea la confianza que te inspire la probidad y la inteligencia de un criado, no le permitas usurpar tu sitio, ni abandones tu derecho de intervención y de mando.

Da poco dinero de una vez; toma las cuentas, examina tú misma todas las mañanas las compras, y los restos de la víspera, á fin de ordenar las comidas con el menos gasto y el mayor lucimiento posibles: sabe cual es el precio justo de todo lo que se emplea, haz una visita de inspección á la cocina, al comedor, á la despensa, ténlo todo bajo tu mirada, por decirlo así: reprime con dulzura, pero con firmeza todas las prodigalidades, y no abandones al capricho de los sirvientes el gasto y el gobierno de tu casa.

No hay criado bueno, abandonado á sí mismo; no hay criado respetuoso usando con él

familiaridades, alternadas con desigualdades de humor y brusquerías; pero no hay muchos que sean muy malos, si están bien dirigidos, y si se les mantiene á una prudente distancia.

Te aseguro como verdad innegable, que el cambiar mucho de sirvientes nada remedia; al contrario, una criada que sabe ha de estar poco, en una casa, se toma por ella muy escaso interés, y acaso la mira como un asilo, en tanto busca á otra, que le parezca mejor ó que le ofrezca mayores ventajas.

Es preciso confesar que los sirvientes se acostumbra y se adhieren (al cabo de más ó ménos tiempo) no sólo á las personas, si no hasta á las paredes de una casa: generalmente, pasados los dos primeros meses, que son los más penosos y los que ofrecen mas dificultades, éstas van á menos, y cada día se establece mayor simpatía del servidor á su dueño, mayor benevolencia de éste para aquel; y además, hija mía, ¡qué enormes fatigas ocasiona el cambiar mucho de criados! siempre enseñando! siempre sufriendo los efectos de su torpeza! ellos no discurren, sino que, como ya he dicho antes, *se acostumbra*; y hasta que llegan á lograrlo, si ellos padecen, nosotros sufrimos mucho más: por egoismo siquiera, debemos ser tolerantes, porque en todas las cosas de la vida, en que es menester sufrir un poco, cuando no hay fortaleza en el alma para soportar las dificultades, se sufre mucho más.

FELICIA.

## VII.

Hablemos, mi querida niña, de una cosa, que segun veo te preocupa mucho, y de la que yo no te he hablado todavía, porque quería hacerlo con el detenimiento que merece.

Me refiero al modo de vestir, y á los gastos más ó menos cuantiosos, que toda señora ó señorita, bien nacida y bien educada, tiene que hacer en su guarda-ropa, segun su fortuna y posición social.

—El lujo—me dices en tu última carta —lo invade todo, y adelanta terreno cada día: así que es imposible vestir bien sin gastar gruesas sumas, que yo no poseo: esto me quita absolutamente la gana de salir, pues donde quiera que voy, hago un desairado papel.

Estás engañada, mi amada Julia; para vestir bien, para ataviarse con elegancia, no se necesita gastar mucho, y solo hacen falta un poco de paciencia, de buen gusto y de habilidad.

Dime sinceramente: ¿piensas tú, que es ma-

yor el número de familias que poseen una gran fortuna, que el que la posee muy modesta?

Estás engañada: hay señoras y señoritas, que pueden gastar muy poco y que son verdaderamente elegantes.

Si tienes un periódico de modas que dé modelos y patrones, si pones en juego la inteligencia y la laboriosidad que te ha dado el cielo, te vestirás bien, y á poca costa.

La cuestión está en elegir entre los gravados y figurines, lo que mejor se adapte á los medios que cada uno posee, y también, los que sienten mejor á su figura y rostro.

El arte de vestir bien, no consiste en gastar grandes sumas; consiste en emplear lo que se gaste—por poco que sea—con tino é inteligencia: consiste en adoptar los colores, las telas, las hechuras más graciosas y que digan mejor con el color de nuestra tez y de nuestros cabellos.

Poseyendo ese arte, ese sentimiento de lo bello, las más modestas galas parecen de gran valor; pues sin el buen gusto, la mayor, y más ostentosa magnificencia estará siempre muy distante de la elegancia y de la distinción.

Tampoco da estas ventajas el poseer gran número de trajes; estos deben ser pocos, y estando confeccionados con buen gusto bastarán para que puedas vestir en todas ocasiones de un modo conveniente, y para que puedas alternar sin desventaja con personas favorecidas por la suerte, con los dones de la fortuna que Dios no te ha dado á tí.

Como regla general, te diré que en una jóven sienta bien la sencillez; sobre todo la sencillez tiene algo de humilde, de encantadora, que nos conquista la simpatía de todos; al paso que la ostentación es hiriente y ofensiva para las personas desgraciadas.

Yo he oído algunas veces, al elogiar la belleza de una jóven que era realmente encantadora, añadir esta maligna adición á los elogios:

—Verdad es que la hac'a parecer tan linda lo rico y ostentoso de su traje.

La murmuración se aprovecha de todo, y sólo necesita pretexto para herir con encono.

Así, una jóven que viste con sencillez luce por sus solas gracias, y no atribuyen su mérito al traje ó al adorno que la engalanan.

El vestido debe variar según las circunstancias y ocasiones: no se debe jamás llevar á la iglesia trajes llamativos, porque es llevar al pie de los altares los signos exteriores de la vanidad y del orgullo. es distraer la atención de los fieles, ofreciendo á su vista un ídolo cubierto con las pompas del mundo.

Santa Isabel, reina de Hungría, y una de las princesas más hermosas de su tiempo, se despojaba de sus joyas y de las insignias de su rango en presencia del Tabernáculo.

—Sólo soy una vil criatura,—decía,—y no puedo estar delante de mi Dios coronado de espinas, adornada de oro y pedrerías: mi corona debe deponerse ante la suya.

Para las visitas de duelo se viste de negro:

mas las de boda y de felicitación exigen un traje elegante, aunque no sea de gran costo.

Para recibir en tu casa viste siempre con extrema sencillez, para no eclipsar á las personas que vayan á visitarte, lo que sería de muy mal gusto.

Desecha, pues, Julia mía, esa tristeza que te invade el corazón al pensar en que tu padre no es rico, y en que por lo mismo tu quedas siempre eclipsada entre todas las jóvenes de tu edad: esto no puede ser exacto, si lo que te falte de lujo lo pones de buen gusto y elegancia.

Voy á referirte un caso que yo misma presencié hace algunos días en casa de una de mis amigas.

Era el cumpleaños de la señora de la casa, y una numerosa concurrencia se hallaba reunida en el salón desde las diez de la noche: los encajes, el raso, las pedrerías se ostentaban por todas partes: yo quedé deslumbrada al ver el magnífico golpe de vista que presentaba el salón: al lado de un espléndido traje de raso azul, y más allá uno de encaje blanco.

La cortina de brocado de la puerta se levantó ya tarde, y una joven entró apoyada en el brazo de su padre.

Era rubia, delgada, y aunque no muy bonita, la distinción traspiraba, por decirlo así, en toda su persona: sus únicas galas eran un vestido de tul blanco, sobre otro de foulard blanco también, y una rosa en los cabellos; una cinta de terciopelo, de la que pendía un meda-

llón de oro liso, ceñía su cuello; aquel vestido estaba hecho por ella misma, y le había servido de modelo un precioso figurín.

Todas las miradas se fijaron en aquella graciosa niña: los ojos cansados de la magnificencia, reposaban con una especie de bienestar en aquella virginal sencillez.

Ya ves, mi querida Julia, como también se puede sobresalir por la modestia, y como puedes consolarte de no ser rica.

FELICIA.

## VIII.

Después de un largo silencio, ocasionado por la grave enfermedad de una de mis dos niñas, vuelvo á reanudar, mi querida Julia, nuestra correspondencia, con indecible placer. ¡Qué amarga sería para mí la privación de hablar contigo, y de comunicarte todos mis pensamientos! ¡Qué doloroso y que triste, el estar